

«Una leyenda refiere que los hombres lo mismo que los animales salieron de las entrañas de la tierra por un agujero inmenso cuya boca se encontraba en una caverna, habiendo aparecido los animales los primeros. Y otra tradición, más acreditada entre la generalidad de los Basutos, dice que el hombre salió de un sitio pantanoso donde brotaban cañas.»

Y ahora obsérvese como esas dos tradiciones de los Basutos se concilian de una manera inesperada, lo mismo que las de los Bechuanas y de los Amazulus. Hé aquí un pasaje de Arbousset y Daumas:

«Este sitio es muy celebrado entre los Basutos y Lighoyas, no solo porque el *likatus* de las tribus se encuentra allí, sino á causa de un cierto número de mitos segun los cuales sus antecesores vinieron originalmente de dicho lugar. Allí se vé una caverna rodeada de un pantano fangoso donde crecen las cañas.»

De suerte que, todas esas varias tradiciones designan el mismo lugar, esto es, aquel de donde Unkulunkulu «salió en un principio,» donde «se pasó las naciones con Uthlanga,» donde las tribus se separaron — la palabra empleada significa literalmente separarse. Y si mientras en ciertas tradiciones se guarda sobre todo el recuerdo de la caverna, en otras domina el lecho de cañas como rasgo proeminente; su imperfecto lenguaje les hace confundir dicho sitio con un cañaveral. Los hombres salieron de ellos, los hombres descienden de los cañaverales, hé aquí como se formula la leyenda.

Entre los Amazulus, no parece que haya dado lugar al culto de la caña; mas como no adoran á su antecesor remoto Unkulunkulu, es lógico que no adoren la planta de donde dicen que salió. Sin embargo, hay en el Sud de África otra raza que adora una planta que igualmente se considera como el primer antecesor. Nos dice Galton que entre los Damaras «se cree que un árbol engendró á todos los hombres, y que dos árboles gozan de esta dicha.» Anderson dice «muchos.» En otra parte añade: — «Pasamos por delante de un árbol magnífico; era el padre de los Damaras... Los salvajes danzaban alrededor de este árbol con grandes demostraciones de alegría.» — En otro pasaje el mismo autor cuenta las creencias de los Damaras de esta manera: — «En el principio de las cosas habia un árbol, y de este árbol salieron los Damaras, los Bosquímanos, los bueyes y las zebras.» El árbol dió á luz todo lo que vive. Aislada esta creencia parece inexplicable. Pero una nota que encontramos en

la *Ngami* de Anderson nos da la clave de su inteligencia. «En un viaje por el lago de Ngami... dice, ví bosques enteros de una especie de árbol llamado Omumborongá, el pretendido padre de los Damaras.» Si ahora hacemos la racional suposición de que esas tribus descienden de gentes que vivían en los bosques compuestos de esa clase de árboles, y razas inferiores tales como los Veddahs, los Juangs y otras tribus salvajes del interior de Borneo, habitan todavía hoy en bosques, vemos que una tal confusión semejante á la que hace tomar un lecho de cañas por una caña, origina esta noción de la semejanza de un árbol. La conclusión que podemos sacar de esos dos ejemplos análogos podría contestarse, si no tuviéramos otros en que apoyarla; pero en su favor tenemos la conclusión que se saca de un ejemplo mucho más decisivo. Bastian nos enseña «que los negros del Congo, de conformidad con sus propias tradiciones, se dan como salidos de los árboles,» y también por él sabemos «que el bosque de donde una antigua familia reinante del Congo se dice que ha venido para subyugar el país, fué más tarde un sitio de veneración para los naturales.» En esto vemos nosotros la confusión entre dos hechos: salir de un bosque, ó nacer del mismo, y en consecuencia existe un casi-culto del bosque y de una cierta especie de planta plantada en sus mercados.

Recordando ahora lo que hemos visto más arriba, esto es, que aun en el mismo sanscrito se vé aplicar indistintamente al mismo acto las palabras «hacer y engendrar,» no podemos dudar que una lengua inferior no sea capaz de conservar en la tradición la distinción entre salir de un bosque ó salir de los mismos árboles, y que el hecho de salir de en medio de los mismos árboles de una cierta especie, no se confunda con el de salir de una cierta especie de árboles. Si queda alguna duda, desaparecerá en presencia de otros ejemplos en que la localidad de donde ha venido una raza de hombres se confunda con un objeto notable de la misma, por cuya circunstancia se le convierte en presunto autor de la raza.

Antes de pasar al tercer origen del culto de las plantas, que, como el tercer origen del culto de los animales, se encuentra en el lenguaje, hemos de hablar previamente de los defectos de la lengua que lo producen. Al efecto, hemos ya señalado algunos de ellos, pero todavía quedan algunos para mencionar.

Como la pobreza, la vaguedad y la incoherencia del lenguaje primitivo han de dar de una manera inevitable lugar á errores en la tradición, puede probarse con algunos casos adicionales. Segun Palgrave, «la lengua vulgar hablada

por los Árabes confunde de ordinario los colores verde, negro y moreno. — «El santali, dice Hunter, desprovisto de términos abstractos, no tiene palabra para designar el tiempo.» — Hill nos enseña que «los Kamtschadales no tienen más que una palabra para el sol y la luna, y casi no tienen para distinguir las aves de los peces, que se distinguen solo diciendo la luna durante la cual son más abundantes.» Esos ejemplos vienen en apoyo de la conclusión de que una lengua rudimentaria no puede expresar la diferencia que separa un objeto de una persona que ha recibido el nombre de este objeto.

Pero aquí permítasenos notar que esta inferencia no ha de quedar necesariamente al estado de cosa implícitamente reconocida, pues puede llegarse á ello directamente. En los primeros pasos del progreso de las lenguas, ninguna de esas palabras abstractas que se llaman nombres pueden existir, ménos aun por tanto existirán para designar la operación que produce los nombres: la antigua lengua de Egipto no es elemento bastante para expresar diferencia alguna entre «mi nombre» y «yo doy un nombre ó yo llamo.» Concebir un nombre en tanto que nombre es concebirle en tanto que símbolo de símbolos. Es necesario ante todo notar que los sonidos articulados especiales, que se aplican á las cosas particulares, sostienen cada uno en esas cosas diversas relaciones. Antes de que se pueda concebir una palabra en tanto que nombre, es necesario que haya sido concebido no solo en tanto que grupo de tonos asociados con cierto objeto, sino como poseyendo un carácter que también poseen otros grupos. Es necesario que la propiedad de los nombres de recordar á otros los objetos nombrados esté reconocida como una propiedad general de los nombres; y luego es necesario que esta propiedad sea abstraída por el pensamiento de sus manifestaciones concretas antes de que pueda nacer la concepción de un nombre. Ahora no se olvide que en las lenguas de las razas inferiores, los progresos en la generalización y la abstracción son tan leves, que mientras hay palabras para las diversas especies de árboles, no la hay para el árbol; y que entre los Damaras mientras cada canal de un río tiene su nombre particular, no le tiene el río para su totalidad, y ménos aun para expresar un río en general. Nótese lo que todavía es más decisivo, que mientras los Cherokis tienen trece verbos diferentes para expresar el acto de lavar diferentes partes del cuerpo y diferentes cosas, no tienen ninguna para expresar el acto de lavar, distinto de la parte ó de la cosa lavada. Pruebas son estas de que la vida social ha debido pasar por diversos periodos, correspondiendo cada uno de ellos con un progreso en el lenguaje, antes de que haya sido posible concebir un nombre.

No es, pues, aquí necesaria una justificación inductiva. Por desgracia, los vocabularios de los pueblos incivilizados no han suministrado á los viajeros más que los equivalentes de nuestras palabras empleadas por los pueblos de que hablan, y no han tenido cuenta de las palabras que poseemos y de las cuales no han tenido equivalentes. Sin embargo, el vocabulario de los dialectos hablados en las islas Nicobar y Andaman, redactado por M. F. A. de Röepstorff (1), está exempto de ese defecto. Así vemos que las tribus del gran Nicobar, del pequeño Nicobar, de Teressa y de las islas Andaman, no tienen palabra alguna que corresponda á nuestra palabra «nombre.»

Luego la inferencia es inevitable. Si no hay palabra para el nombre, es imposible á las personas que cuentan las leyendas expresar la diferencia que separa una persona y el objeto, del nombre que se le ha dado. Los resultados de esta confusión los notaremos ahora en sus relaciones con el culto de las plantas.

Hablando de los Tasmanios, dice el doctor Milligan: — «Los nombres de los hombres y de las mujeres se sacan de los objetos de la naturaleza y de los sucesos del momento de nacer; por ejemplo, se les llama kanguro, gomero, nieve, granizo, trueno, viento, flores abiertas, etc.» La misma cosa sucede entre las tribus montañosas de la India: entre los Karens las personas se llaman «algodon» y «algodon blanco.» Igual hecho se da en América. Entre los Arrauaks hay gentes que se llaman «tabaco», «hoja de tabaco», «flor de tabaco», y entre los antiguos Peruanos, uno de los Incas llámase «Sayri», esto es, «planta de tabaco.»

Uniendo con estos hechos el que observamos entre los pueblos, de quienes una de sus tribus se llama «raza de la planta del tabaco», no podemos ménos de dejar de ver en ello un resultado de la costumbre de llamar á los hombres con el nombre de una planta. Asociado con esta clase de pueblos y con otras clases, hay otros que llevan el nombre de oso, lobo de los prados, serpiente de cascabel, liebre, etc., descendiendo cada uno de ellos de hombres que llevan el nombre de esos animales y que han acabado por confundirse con éstos; de modo que hay, pues, motivo para concluir del hecho citado, «que la raza de la planta de tabaco» descende sin duda de un hombre llamado así, que se ha acabado por confundir con la planta del tabaco. También debe creerse que el nombre de «raza del junco» que lleva una tribu del dicho pueblo, tiene el mis-

(1) Calcuta, 1875.